



PORQUE NO ERES
REINA TE LAMENTAS

Guiomar Patiño

PORQUE NO ERES
REINA TE LAMENTAS



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Guiomar Patiño

ISBN: 978-84-18366-36-9

ISBN digital: 978-84-18366-37-6

Depósito legal: M-15787-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, de quien aprendí todo
lo que he intentado poner aquí*

*Indolere exterae nationes regesque: tanta illi comitas in
socios, mansuetudo in hostis; visuque et auditu iuxta venerabilis,
cum magnitudinem et gravitatem summae fortunae retineret,
invidiam et adrogantiam effugerat.*

TÁCITO,
Annales, II, 72

(Se condolieron los pueblos y reyes extranjeros: tanta fue su solidaridad con sus aliados, su calma con los enemigos; de igual manera respetable en sus gestos y palabras, al refrenar la grandeza y la dignidad del más alto destino, había huido del odio y el orgullo).

ÍNDICE

CAPÍTULO I: EL HOMBRE.....	13
CAPÍTULO II: EL GENERAL	33
CAPÍTULO III: VARO Y SUS LEGIONES.....	57
CAPÍTULO IV: EL FINAL DE LA CAMPAÑA.....	79
CAPÍTULO V: DE NUEVO EN ROMA	99
CAPÍTULO VI: MARCO ANTONIO, CLEOPATRA Y OCTAVIA	125
CAPÍTULO VII: GNEO PISÓN	147
CAPÍTULO VIII: ALEJANDRÍA Y TIBERIO	163
CAPÍTULO IX: EL REGRESO A LA CIUDAD ...	187
EPÍLOGO	197

CAPÍTULO I:

EL HOMBRE

¡Germánico ha muerto!, ¡Germánico ha muerto! Tengo que repetírmelo una y otra vez y sin embargo no lo creo. Yo recogí su último aliento; yo le asistí en su última enfermedad; yo lo vi apagarse poco a poco devorado por la fiebre; yo sequé su frente, humedecí sus labios resecos y limpié sus vómitos ponzoñosos; y sin embargo no lo creo.

Me acostumbré a estar separada de él durante largos periodos de tiempo y todavía me parece que lo voy a ver volver al frente de su ejército, victorioso, cansado y enfermo, pero glorioso y aclamado por sus hombres.

Siempre temí que no regresara y sin embargo ha sido la paz, la paz y el odio de una mujer, los que me lo han arrebatado.

Pero incluso entre estos muebles y a través del bullicio de la ciudad que nada me dicen de él, porque él era un hombre castrense y no urbano, lo busco y lo espero, para desesperarme al despertarme a la amargura de la realidad. Germánico no está, como tantas veces en campaña, ha muerto, ha muerto.

¿Cómo ha podido salir el sol de nuevo?, ¿acaso los dioses, si realmente los hay, pueden ver impasibles tanta injusticia, tanto dolor? ¿Cómo pueden sus amigos, sus hombres, sus hijos, soportarlo? ¿Cómo puedo yo seguir respirando? ¿Por qué ha muerto él y no yo? Germánico, yo que te seguí en tantas campañas, te seguiría también ahora si no me lo hubieses prohibido tú expresamente. Debo cuidar de tus hijos. Pero ¿qué protección pueden tener en una débil mujer, que ni siquiera pudo impedir que te envenenasen delante de mis ojos, poco a poco? Tus hijos..., temo por ellos y por mí (no, por mí no, para mí vivir es una desgracia, no morir). Pero, si tú no fuiste un obstáculo para ellos, ¿qué seremos nosotros? Hojas que barre un jardinero o ramas cortadas por un solo golpe del leñador, una vez que el tronco ya está en el suelo.

Yo ya no soy la que era, ya no represento nada para nadie. Falta Germánico, sin él su estirpe ha muerto. Hoy he ido a ver a Tiberio, me ha recibido en el jardín, por mor de familiaridad me ha tratado con desprecio, con insolencia.

Buscaba el apoyo del padre y he encontrado el veneno de la serpiente. Pretendí su apoyo para castigar a los asesinos y me demostró, con su indiferencia, que era uno de ellos. Reclamé, me indigné, pero su corazón es, como el de su madre, de mármol. Al verlo allí no pude menos que recordar a Druso, al gran Germánico al que todavía hoy lloran y vitorean sus hombres. ¿Cómo pueden dos hermanos diferenciarse tanto? Ni siquiera, a pesar del exterior, Germánico y Claudio son tan distintos.

A pesar de mis promesas al esposo agonizante, finalmente no pude dominarme más, hirvió en mí la sangre de Augusto, se tensaron los nervios de Agripa y habló mi lengua con la insolencia de Julia. Le recordé quién soy yo —aunque sin la sombra de Germánico me sentía menos que el polvo que pisan mis sandalias—, y quién es él; cuál es mi estirpe y cuál es la suya; que yo soy la nieta de Augusto y él el hijo de un Nerón solamente. No nombré a mi madre, pero el tono de la voz y el desprecio en la mirada debieron representársela. Por un momento vi el furor en sus ojos, un rayo de odio que se clavó directamente en mí. Me di cuenta de cuál había sido el tono de la convivencia entre él y mi madre y no le reproché a ella nada de cuanto había hecho. Por fin lo sentí débil ante la verdad inesperada. Pero pronto recordó, dominó su odio disfrazándolo de desprecio y me recordó los versos griegos: *¿Porque no eres tratada como una reina, te quejas?*

Salí de allí sin bajar la cabeza, sin humillarme, sin insultar la memoria de mi esposo. Pero su enemistad está asegurada. Me da miedo. A veces pienso que Claudio tiene razón y para sobrevivir en estos tiempos hace falta ser lo suficientemente inteligente como para no parecerlo.

Y sin embargo no siempre fue así. Hubo tiempos gloriosos para nosotros, aún en medio del fragor de la batalla y bajo la lona de una tienda. La naturaleza nos contagiaba su salvajismo, su fuerza, purificándonos de nuestro urbanismo. Vivíamos en la edad de oro y era fácil preferir a Saturno ante Júpiter.

Después de dejar a Tiberio ocupado en sus frutales y sus versos griegos, fui a ver a Claudio para seguir con los asuntos de la acusación contra Plancina y Pisón. Allí vi a Antonia, ella con su extraña mezcla de exuberancia salvaje y docilidad consiguió dar paz a mi atormentado espíritu.

Es de complexión fuerte, aunque no alta, como dicen que fue su padre, el gran Marco Antonio (gran, pues incluso el propio Augusto no dejó de reconocer siempre, a pesar de todo, su valía). Pero toda la violencia que pregona su fuerte naturaleza, de la que ya apenas queda una sombra, está dominada por la serenidad de sus ojos oscuros: los ojos de Octavia.

Yo conocí a Octavia cuando no era ni una sombra de lo que fue. Dicen que la muerte de Marcelo acabó con su espíritu. Pero todavía podía verse en ella la brasa de aquella llama y esa misma llama es la que alienta en la mirada de Antonia, aunque, como a su madre, la muerte de Germánico haya aniquilado su espíritu. Si sigue viviendo es solo porque tiene la fortaleza de un Antonio.

Estuvimos hablando mucho tiempo. Tiene todavía un gran sentimiento de culpa por no haber asistido a los funerales, se siente en deuda conmigo por haber sido encarcelada para no rendir los últimos honores a su hijo. Pero solo hace falta mirarla para ver cuáles son sus sentimientos. La dejé desahogarse hablándome de la infancia de Germánico. De vez en cuando miraba a Claudio, que trabajaba en su biblioteca mientras nosotras hablábamos en el jardín, y su mirada se llenaba de dudas, creo que todavía no sabe a qué atenerse con este hijo, el único que le queda ahora.

Ella ha traído a mi memoria tantos recuerdos olvidados, tantas horas felices...

Germánico y yo nos casamos muy jóvenes. El nuestro fue, como todos en la familia, un matrimonio de alianza, pero, a diferencia de tantos, el nuestro resultó bien.

Julia, mi madre, profesó siempre un verdadero cariño a Octavia, aún después de la muerte de Marcelo o quizá precisamente por ello. Esto explica que Octavia no pudiese inconveniente para su boda con Agripa y que, con el paso de los años, tanto mis hermanos como yo pasásemos los mejores momentos en su casa. Después del destierro de mi madre, Augusto, al que Octavia había resuelto, una vez más, el problema de unos niños abandonados, volvió a reunirse con ella. De este modo la casa de Octavia estuvo siempre llena de niños, propios y ajenos. Allí me eduqué en compañía de Claudio, Livia y, sobre todo, Germánico.

Tal vez el espíritu valeroso de su padre, o el desgraciado ejemplo de su madre, hiciera que Antonia no se resignase nunca a estar demasiado separada de su marido. Regresaba a la Ciudad solo cuando era estrictamente necesario y se marchaba al lado de Druso en cuanto podía. Quizá fue esa la causa de la muerte de varios de sus hijos, pero también fue la causa de que viviera plenamente su amor. Siempre la he admirado por su decisión y siempre he procurado imitarla.

La prematura muerte del esposo la dejó definitivamente en Roma y, aunque Livia quiso acogerla en el Palatino, ella, que siempre desconfió de su suegra, y ahora sé

tristemente que con razón, prefirió volver a acogerse a la benévola protección de su madre, la única a quien Livia realmente respetó mientras vivió.

Así como Augusto había sentido debilidad por Marcelo, muy pronto también lo sintió por Germánico. Se dice que, muerto Marcelo que parecía su heredero natural, dudó durante mucho tiempo sobre si nombrar o no a Germánico como su sucesor. Pero Augusto era un hombre fuerte con una sola debilidad, Livia. Y esa debilidad le costó la vida y le costará toda su obra. Finalmente, Livia, y también el propio Tiberio con su teatral desaparición de Roma, consiguieron persuadirlo de que el hijo mayor de su mujer era el más adecuado para ejercer el poder absoluto. Puesto que no otra cosa que imperio puede llamarse al poder al que ahora estamos sometidos.

De cualquier forma, parece que quiso dejar las cosas bien atadas para Germánico y lo hizo adoptar por Tiberio, a pesar de la existencia de Druso y de que ambos muchachos eran casi de la misma edad. Este hecho tuvo dos consecuencias de muy distinto signo para Germánico. Por un lado, se atrajo los odios y la envidia del propio Tiberio y de Livia, que veían en él, un auténtico Claudio, la misma peligrosa tendencia republicana que habían visto en su padre. Pero por otro lado le atrajo el más profundo afecto del que, desde entonces, sería su hermano. Realmente, de una situación que pudo tener los peores resultados, se llegó al mejor de los entendimientos. Recientemente, durante sus funerales, nadie habría podido distinguir la más mínima diferencia entre el dolor del ver-

dadero y el falso hermano, ni aun teniendo en cuenta que la muerte de Germánico le ha facilitado bastante el camino político a Druso y, en cambio, Claudio se ha quedado sin uno de sus poquísimos favorecedores.

Pero esto ocurrió bastante tiempo después de nuestra boda. Apenas habíamos llegado a la edad legal, cuando ya Augusto ordenó nuestro matrimonio —que ya estaba decretado desde bastante antes—, pues, de esta forma, se legalizaba y afianzaba aún más la unión de las familias Julia y Claudia.

Tanto Germánico como yo nos habíamos acostumbrado a esta idea desde siempre y éramos demasiado jóvenes para pensar el uno en el otro de otra forma que como compañeros de juegos.

Germánico no era muy alto, pero sí algo más que yo. De complexión fuerte, y tuvo, al igual que su hermano Claudio, siempre problemas con sus piernas. De pequeño era un niño torpe, pero en cuanto fue capaz de subir a un caballo, se ejercitó montando y dominó este defecto congénito, con gran alegría por parte de Antonia que dio siempre por perdido, en este como en otros asuntos, a Claudio. Germánico se acostumbró a salir a montar todos los días después de la comida, alrededor de la hora sexta, y todos nos habituamos a esto de tal modo que cuando, en Antioquía, renunció a su paseo diario, supe realmente que había llegado su fin y que él lo sabía.

¡Qué lejos estábamos de sospechar todo esto el día de nuestra boda! Éramos apenas dos chiquillos descubriendo un nuevo juego, aunque para Germánico

ya habían comenzado las responsabilidades políticas y religiosas y estaba creciendo muy deprisa.

Yo apenas era una niña y todavía parecía más pequeña envuelta en mi velo anaranjado. No puedo recordar el vestido de Germánico, ni saber si estaba tan asustado como yo, porque no conseguí levantar los ojos del suelo. Solo recuerdo que cuando tomó mi mano temblorosa la suya era firme y oprimió la mía como infundiéndome valor.

Seguimos todo el ritual ancestral de las bodas latinas, y estaba previsto que Claudio y Druso encabezaran la tropilla de amigos del joven novio que debía «raptar» a la novia para llevarla a su nuevo hogar. Pero finalmente hubo de desistir de la idea de que Claudio participase en la fiesta, con gran pesar de Germánico, que adoraba a su hermano y descubría en él valores que los demás todavía no somos capaces de concebir. Pero ni Augusto ni Livia querían que se desluciese la fiesta. Antonia no dijo nada, pues estaba acostumbrada a los desplantes a este hijo y, en aquellos días, vivía y pensaba solo por y para el mayor. Creo que no se tomó tantas molestias ni siquiera para la boda de Livia, su única hija. En cuanto a mí, vivía en una nube, todo lo que decidiesen me parecía bien. De todas formas, y más para complacer a Germánico que para otra cosa, intenté consolar a Claudio. Para mi sorpresa, él estaba feliz con el resultado de los acontecimientos. A nadie más que a él le molestaba tener que hacer el ridículo trotando detrás de una banda de alegres muchachos, arrastrando su cojera. Creo que fue ese el momento en que empecé a conocer realmente a Claudio, y los años

de convivencia con su hermano me han enseñado mucho más sobre él. Entre los dos elaboramos un plan para conformar a Germánico, el único realmente disgustado con el asunto, y Claudio me hizo un maravilloso regalo de boda.

Yo había leído con él los poemas de los *poetae novi*¹ hasta donde mi preceptor, que no mi madre, me lo permitió, y Claudio, que no pudo participar en la fiesta de la tarde, dirigió la de la noche y compuso en mi honor un bellissimo epitalamio. Aunque no faltaron las bromas a su hermano, la dulzura de sus versos fue el mejor augurio en esa fausta noche.

A partir de ese momento viví los años más felices de mi vida. Dado que yo no podía recurrir al consejo de mi madre, fue, paradójicamente, mi suegra la que, a la mañana siguiente, estuvo largo tiempo hablando conmigo. Esa mañana me dio un consejo que he procurado seguir siempre y que nunca le agradeceré lo suficiente.

—Agripina —me dijo—, procura estar el mayor tiempo posible con tu esposo. Seguramente ahora te asusta un poco y desearías seguir con tu vida de antes, pero ya no eres una niña, eres una matrona romana y, si los dioses nos son propicios, no pasará mucho tiempo sin que veas aumentadas tu casa y tu honra con hijos. Pero no te separes jamás de tu esposo, tanto si él permanece en la Ciudad, como si se marcha fuera. No puedes saber del tiempo que dispones y siempre es preferible morir

1 N. del A.: los poetas nuevos, la primera de las escuelas líricas romanas, con poetas de la talla de Galo y Catulo.

bajo el hierro de un enemigo bárbaro o recoger el último aliento de los tuyos, que desaparecer por las vergonzosas maquinaciones de un ciudadano y recibir de los tuyos tan solo unas pocas cenizas en una urna. No te separes de Germánico.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas y su pensamiento había volado hasta Druso. Yo no comprendí la mitad de su mensaje. Ahora lo entiendo del todo, pero desgraciadamente la distancia no ha supuesto un límite para la envidia.

De cualquier forma, seguí al pie de la letra su consejo. Siempre en la sombra y siempre que lo permitió mi propia salud, lo acompañé a todos los sitios donde fue y me interesé por todas las actividades que emprendió.

Augusto quiso destacarlo desde muy joven, junto con el joven Druso, y sobre todo después de la muerte de sus dos nietos.

En aquellos primeros años las salidas de Roma no fueron muy frecuentes. Germánico estaba iniciándose en la carrera política, apenas había abandonado la toga praetexta y ya se vio honrado con cargos religiosos que, aunque al principio parecía de escasa relevancia, le sirvieron para introducirse en ese mundo que él jamás consideró que le correspondiera por nacimiento.

Claudio suele decir que del árbol Claudio salen dos clases de ciruelas. Unas son dulces y buenas como lo fue Druso, y otras son agrias como Tiberio. No sé muy bien en cuál de las dos ramas se incluye el propio Claudio, pero está claro que Germánico pertenecía a la primera.